

La campanada de Carlos III

Poder naval, chokepoints y el retorno de la alianza marítima angloamericana



La diplomacia rara vez entrega objetos inocentes. El regalo de Carlos III a Donald Trump —la campana de mando del HMS Trump, submarino británico activo durante la Segunda Guerra Mundial— puede leerse como una cortesía protocolaria. En el contexto actual, marcado por la disputa sobre Panamá, Groenlandia y el estrecho de Ormuz, esa lectura se queda corta. El gesto no remite solo a la memoria compartida de la guerra, sino a la reactivación de la gramática geopolítica marítima y a la actualización de una alianza cuya verdadera arquitectura se ha construido en la práctica operativa más que en el papel.

Y es que hay alianzas que se firman y hay alianzas que se heredan, y la relación entre Estados Unidos y Reino Unido pertenece a la segunda categoría. No se agota en la fórmula diplomática de la *special relationship* ni se explica solo por afinidad ideológica. Lo que une a Washington y Londres es una continuidad histórica de poder marítimo, inteligencia compartida y cultura estratégica. Más que como alianza al uso, tradicionalmente ha operado como un linaje compartido del mando marítimo, sostenido por flotas, rutas, bases, y una comprensión común del poder, entendido como capacidad de mantener abierto, o cerrar, el sistema marítimo mundial.

Alfred T. Mahan ofreció a Washington la justificación doctrinal para asumir esa función. Su relevancia no se encuentra únicamente en la teoría naval, sino en haber ofrecido a Estados Unidos una justificación estratégica para convertirse en potencia marítima global. En su doctrina, comercio exterior, marina mercante, armada, bases navales y acceso a materias primas formaban parte de un mismo sistema de poder. Su posicionamiento partía de la idea de que el poder naval, por su carácter fluido, permite transmitir y adaptar la fuerza de una nación más allá de sus fronteras. Estados Unidos completó primero su expansión continental hacia el Pacífico y después necesitó convertir esa frontera cerrada en plataforma oceánica. Mahan fue el puente doctrinal entre la conquista del espacio continental y la proyección global.

Ese marco regresa a día de hoy con fuerza, y no por casualidad. Durante décadas, la globalización se explicó en clave de apertura económica, con rutas comerciales, cadenas globales de valor, energía disponible y circulación continua. Hoy el sistema se reorganiza en torno a otra lógica, la de la resiliencia, la regionalización de las cadenas de suministro y el control de nodos críticos. El poder ya no consiste únicamente en financiar el sistema, sino en mantenerlo operativo bajo estrés. De ahí la importancia renovada de los *chokepoints marítimos*¹.

Gibraltar, Suez, Malaca, Bab el-Mandeb, Ormuz o Panamá no son simples accidentes geográficos, sino mecanismos de selección, aceleración o interrupción de flujos. En tiempos de normalidad reducen costes y acortan distancias. En tiempos de crisis se convierten en palancas de coerción. La paradoja de la globalización es que multiplicó los flujos, pero no multiplicó proporcionalmente las puertas por las que deben pasar. Por eso un bloqueo en Ormuz, una disputa portuaria en Panamá o una carrera por el Ártico no constituyen crisis regionales, sino síntomas de una economía mundial que vuelve a descubrir su propia geografía.

Con la vuelta de Donald Trump a la Casa Blanca se acentúa esta realidad. La hegemonía marítima estadounidense, presentada durante décadas como bien público, se reformula ahora como exigencia transaccional. La libertad de navegación, la seguridad de las rutas o la defensa de infraestructuras críticas dejan de operar como servicios ofrecidos al sistema y se convierten en activos que Washington puede renegociar, condicionar o reclamar. Desde esta perspectiva, Trump no está inventando la geopolítica naval estadounidense, pero sí la despoja de parte de su envoltorio liberal basado en reglas y la devuelve a una gramática más cruda de acceso, control y presión.

Bajo esa lógica, los tres frentes abiertos cobran sentido unitario. Panamá deja de plantearse como cuestión jurídica para reaparecer como cuestión de control hemisférico frente a la influencia china. Groenlandia abandona su condición de periferia ártica y emerge como plataforma estratégica, con rutas polares, minerales críticos, presencia militar y proyección sobre el Atlántico Norte. Ormuz deja de ser un problema regional y opera como prueba de estrés sobre la arquitectura energética mundial. No es geografía. Es operatividad.

En ese escenario, Trump y su secretario de Defensa, Pete Hegseth, han cuestionado con dureza las capacidades navales británicas, en plena discusión sobre la posición del Reino Unido ante la crisis con Irán y la seguridad de Ormuz. La crítica no es menor, porque cuestionar la Royal Navy golpea el núcleo simbólico del poder británico. Para Londres, la marina nunca ha sido solo una herramienta militar, sino uno de los pilares de su identidad estratégica.

El contraste con la lógica imperial británica ayuda a entender el alcance de esas declaraciones y el gesto de Carlos III. El Reino Unido imperial controlaba *chokepoints* desde una lógica de posesión, guarnición y administración directa con puertos, colonias, rutas comerciales y puntos de reabastecimiento. Suez fue quizá el símbolo más claro de esa mentalidad: un imperio que sabía que su supervivencia dependía menos

¹ Un *chokepoint* ('punto de estrangulamiento'), también llamado cuello de botella, es un lugar en el que una ruta se estrecha por razones geográficas, dando a ese punto un alto valor estratégico

de la masa territorial que de la continuidad entre metrópoli, India, Mediterráneo, Golfo y Asia. La campana del HMS Trump, sin embargo, no habla de un Reino Unido que controla directamente los pasos del mundo. Habla de un Reino Unido que recuerda, legitima y acompaña la función que heredó Estados Unidos, la de garantizar el orden marítimo desde una alianza anglosajona de inteligencia, submarinos, bases, interoperabilidad y presencia avanzada.

Por eso el regalo de Carlos III adquiere un significado más profundo que va más allá de la deferencia personal. La campana es un objeto de mando, un instrumento para señalar, advertir, convocar y marcar presencia. Entregada después de las críticas estadounidenses a la Royal Navy y en plena tensión sobre Ormuz, funciona como metáfora diplomática y como recordatorio de una tradición compartida: Reino Unido y Estados Unidos no son simplemente aliados políticos; son herederos de una misma cultura estratégica marítima. Londres fue el imperio naval que organizó rutas, estrechos y bases navales en torno a una arquitectura global de circulación de mercancías. Washington heredó esa función y la elevó a escala planetaria durante el siglo XX. La campana, por tanto, recuerda a Trump que, cuando las rutas se estrechan, los canales se politizan, los estrechos se militarizan y el Ártico se abre como nueva frontera, la alianza angloamericana se sostiene sobre la memoria de que ambos países han pensado históricamente el poder desde el mar.

Ahí reside el significado ulterior del gesto. La *special relationship* nació de una tradición marítima compartida, pero esa tradición ya no puede operar solo como nostalgia imperial o formalismos protocolarios. Necesita actualizarse ante una geopolítica en la que los *chokepoints* marítimos vuelven a ser unidades de poder, las rutas comerciales se transforman en espacios de presión y la libertad de navegación deja de ser un principio abstracto para convertirse en una disputa concreta por el mando operativo del sistema. Cuando Panamá se politiza, Groenlandia se convierte en frontera ártica y Ormuz vuelve a condicionar la energía mundial, Londres parece recordarle a Washington que la vieja alianza naval todavía tiene una función: no solo acompañar, no solo legitimar, sino coordinar, advertir y sostener una arquitectura marítima que ninguno de los dos puede dar ya por garantizada.

Queda por saber, sin embargo, hasta dónde llega esa función en una era transaccional. ¿Acompañará Londres la deriva de Washington allí donde la libertad de navegación se reformule como palanca de presión? ¿Aceptará Washington que la herencia marítima impone también obligaciones, y no solo derechos de cobro sobre el sistema que ayudó a construir? ¿O sonará la campana del HMS *Trump*, llegado el momento, en una alianza ya incapaz de coordinar el mando que un día compartió?